

Número 45

REPUBLICA DE COLOMBIA

Junio 1.º: 1909

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la C.ª de Cultura

por la



*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE·10

MCMIX

## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Junio 1.º de 1909

## El Pragmatismo

(PARA LA "REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO")

Pocos movimientos filosóficos han sido acogidos con más entusiasmo que el Pragmatismo. Completamente desconocido hace algunos años, tiene ya partidarios por dondequiera. Con su bandera de colores vistosos y su nombre algún tanto bárbaro, ha dado la vuelta al mundo. No ha sido aplaudido solamente entre los anglosajones: ha llamado la atención y excitado el entusiasmo de las razas latinas. En Francia, la *Revue de Philosophie*, de criterio católico y tomista, anunciaba hace poco su intención de publicar artículos escritos por los mismos pragmatistas. En Bélgica, la *Revue Neo-Scholastique* daba, en 1907, un estudio histórico sumamente instructivo. Al mismo tiempo, se multiplicaban las discusiones. Ora se ensalzaban las teorías de James y de Dewey, ora se condenaban sin piedad. En la misma Alemania, que parece haber tomado á pechos el ignorar la existencia del nuevo movimiento, el Pragmatismo ha penetrado de contrabando. Basta recordar los nombres de Simmel, de Mach y de Oswald, para persuadirse de que esa filosofía, calificada de filosofía de cocina por los devotos de Kant y de Hegel, ha echado ya profundas raíces en el suelo germánico.

No hay que extrañar semejante resultado. El valor intrínseco del Pragmatismo se ha discutido y se discutirá todavía por mucho tiempo. Es muy escaso, tal vez nulo, pero

el sistema tiene la singular fortuna de haber sido dado al mundo no apoyado en las creencias católicas, en un momento en que lo necesitaba. So color de amparar la libertad del pensamiento, la filosofía moderna había dado rienda suelta á los sistemas más opuestos. El terreno de la Filosofía se había convertido en un campo de batalla, en una lucha á oscuras en que los contendientes se habían visto condenados á pelear para siempre sin divisar siquiera á sus adversarios. Tal situación tiene sin duda sus ventajas. Han llegado empero los combatientes á cansarse de la lucha. Viendo al abismo del escepticismo abierto delante de sus pasos han alzado los ojos al cielo, pidiendo á gritos la venida de un salvador. Hace más de medio siglo creyeron nuestros padres que el salvador tan descado había llegado por fin. Era un francés de gran talento y de inmensa erudición. Se llamaba Víctor Cousin. Todas vuestras luchas, había dicho con su voz grandilocuente, no provienen sino de que no sabéis entenderos. Os engañáis cuando condenáis á vuestros adversarios; id al punto á abrazarlos. Idealistas, panteístas, materialistas, utilitaristas, escolásticos, todos tenéis razón. Cada uno de vosotros posee la verdad, pero la posee incompleta. Uníos, y el grande edificio de la verdad completa, inmutable y eterno será el fruto de vuestros esfuerzos.

Sublime edificio, por cierto, si tan sólo hubiera podido edificarse. Por desgracia, eran demasiado heterogéneos los elementos que debían constituirlo y el monumento se vino al suelo. Por mucho tiempo hemos contemplado sus ruinas con asombro. ¡Qué de reflexiones amargas venían entonces á la mente! No hay ya esperanza! No veremos nunca á otro salvador que ponga fin á nuestras pendeencias. El eclecticismo ha sido el canto del cisne del filósofo. La Filosofía ya se muere. Ya se proclama por todas partes que la Metafísica no existe. ¡Si á lo menos tuviésemos un hilo que agarrar, un sendero que nos condujera seguramente á la verdad!....

Embargada estaba la mente de los filósofos modernos con tan negras reflexiones, cuando un día aparece el Sr. William James, con la sonrisa en los labios, ofreciendo el Pragmatismo. Un sendero tan sólo se deseaba, y se prometía á la humanidad angustiada *un corredor*.

La paternidad del Pragmatismo ha de atribuírse al Sr. Charles Peirce. En Enero de 1878 publicó en la revista norteamericana *Popular Science Monthly* un artículo intitulado *How to make our thoughts clear*. Después de mostrar que nuestras creencias son verdaderas reglas de acción, emitió el principio de que, para conocer el valor de una teoría, basta averiguar qué regla de conducta es capaz de producir; y proponía para tal método el nombre de *Pragmatismo*. Por más de veinte años, el principio propuesto por el Sr. Peirce se vio descuidado por completo. Nadie pensaba ya en el artículo del *Popular Science Monthly* cuando en 1898 el Sr. William James, en una conferencia hecha en la Universidad de California, se apoderó de él, aplicándolo á la Religión. En 1903 el Sr. John Dewey, entonces profesor en la Universidad de Chicago, publicó su famosa obra *Studies in Logical Theory*, en que mostraba otro aspecto del Pragmatismo, considerándolo como una teoría de la verdad. Al mismo tiempo, el Sr. Schiller, profesor en la Universidad de Oxford, desarrollaba aún más la nueva teoría, convirtiéndola en un verdadero sistema filosófico. Desde 1892 había proclamado que el criterio de la realidad no puede hallarse sino en el valor práctico de los objetos. Aplicó más tarde su teoría á todos los problemas filosóficos y reunió sus artículos en el volumen *Humanism*, publicado en 1903.

Mientras los Estados Unidos daban así al mundo su primera contribución filosófica verdaderamente original, tendencias semejantes se hacían notar en otros países. Como dice el Sr. James, el Pragmatismo estaba en el aire. En Francia, el Sr. Blondel, discípulo de Bergson y católico convencido, enseñaba que el punto de vista más con-

pleto no es el del pensamiento sino el de la acción, y, en 1902, ignorando del todo la existencia del movimiento americano, proponía á la Sociedad francesa de filosofía el nombre de *Pragmatismo*. El nombre no hizo fortuna, pero sí la teoría. Además de Bergson y de Blondel, descuella entre los pragmatistas franceses el Sr. Le Roy. El es quien ha dado al Pragmatismo francés el nombre de *philosophie nouvelle*, con el que se ha conocido hasta que, en estos últimos años, se le ha restituído el nombre de *Pragmatismo*, importado esta vez de América.

En Italia, el defensor más célebre del Pragmatismo es el Sr. Papini. En la revista *Leonardo* y en los volúmenes *Il Crepuscolo dei Filosofi é Il Pragmatismo*, ha defendido valientemente los principios de la filosofía de la acción. Aun ha deducido de estos principios consecuencias que no habríamos soñado nunca. Después de mostrar que el Pragmatismo no se constriñe á defender ningún sistema particular, pero se asemeja á un *corredor* —pues le pertenece al Sr. Papini la paternidad del término— conviene sin embargo en que todo sistema filosófico ha de llevarnos á algún ideal. ¿Cuál será el ideal para el pragmatista? Según Papini, ha de ser la deificación del hombre. ¿Cómo nó? dice James.

La obra clásica del Pragmatismo es actualmente el volumen del Sr. James, *Pragmatism, a new name for some old ways of thinking* (1), publicado en Junio de 1907. La fortuna de este libro ha sido prodigiosa. En Febrero de 1908 contaba ya con seis ediciones. Es la primera obra que abraza el Pragmatismo en toda su extensión, exponiendo, de un modo claro y conciso, los principios de una filosofía de la cual no conocíamos sino fragmentos.

En el estudio de los sistemas filosóficos, nos dice James, se ha descuidado invariablemente un elemento al cual se había debido atribuir suma importancia. Los his-

(1) El Pragmatismo, nombre nuevo para un sistema viejo.

toriadores y los críticos han pasado por alto esta gran verdad: que la elección de un sistema de filosofía es esencialmente una cuestión de temperamento. Estudiamos con escrupulosidad concienzuda las doctrinas de los filósofos; pero, después de todo, seguimos siempre el partido al cual nuestro temperamento nos arrastra. Y, á pesar de que el más elemental análisis de nosotros mismos no nos deja duda alguna sobre tamaña verdad, al defender nuestras creencias, ni siquiera mencionamos ese temperamento al cual las debemos casi por completo.

Hay, según el Sr. James, dos temperamentos extremos que, desde tiempo inmemorial, se disputan una victoria que siempre se les escapa. Enemigos irreducibles, no admiten acomodos. Cada uno anhela ver á su adversario, no vencido solamente sino para siempre aniquilado. Los conocemos con los nombres de *racionalismo* (1) y de *empirismo*. El primero, dicen ellos, vuelve los ojos hacia los principios fundamentales, las verdades eternas, y mira con desprecio los hechos de este mundo de miseria y de iniquidad. El mal existe, sin duda, pero es parte integral de un sistema esencialmente bueno. El racionalista es casi siempre optimista y religioso, según el Dr. James.

El empírico, al contrario, no puede quedar satisfecho con una verdad pálida y lejana. Concentra su atención sobre la tierra en que vivimos, sobre los hechos que cada día registramos. Sigue al pordiosero en su choza, al asesino sobre el cadalso. Mira al Absoluto como una entidad vacía é inútil. Da un apretón de manos al materialista y ve con placer á un Haeckel clasificar á Dios en el género de los vertebrados gaseiformes.

Tenemos, pues, añade James, una filosofía empírica que no es bastante religiosa, y una filosofía religiosa que no es

(1) *Racionalismo* para los pragmatistas no es, como hasta ahora se había entendido, el sistema de los que admiten la razón como *único criterio*; sino el de los que la aceptan como *uno de los criterios*. Para ellos Santo Tomás es racionalista.

bastante empírica. Miramos con suma antipatía á un materialismo incapaz de armonizarse con esos principios religiosos que nos son tan caros, y fuera de los cuales sentimos que no pueden existir sino el sofisma y el error. Y sin embargo, no podemos aceptar tampoco esa filosofía religiosa, hija del hegenialismo, ese panteísmo que, entre los protestantes ilustrados, ha destronado para siempre al teísmo tradicional. No nos reconciliaremos nunca con un sistema filosófico que nos hace salir del mundo en que vivimos, y que nos echa en una atmósfera diametralmente opuesta á la de la calle y del mercado. ¿Qué haremos en tal dilema? ¿Continuaremos en ese estado de lucha encarnizada en que nos hallamos los filósofos, sin la más leve esperanza de ver alborear un día de paz? ¿No acertaremos á compaginar con nuestras creencias religiosas los hechos de este mundo? Sí acertaremos, nos dice James; acertaremos, gracias al Pragmatismo.

El Pragmatismo tiene un doble objeto: es primeramente un método; y en segundo lugar una teoría de la verdad.

Es primeramente un método que pone fin á disputas que, de otro modo, se harían interminables. Lo hace considerando las consecuencias prácticas de los principios que defendemos. El objeto de la Filosofía, dice James, debería ser el hallar qué diferencia resulta, para ti y para mí, del ser verdadera esta ó aquella fórmula del mundo. Para ilustrar este principio fundamental, el autor aplica su teoría á algunos importantes problemas metafísicos. Me limitaré por ahora á los argumentos con los cuales refuta el materialismo y demuestra la existencia de Dios.

¿Qué diferencia resulta para nosotros, pregunta James, según que aceptamos el materialismo ó el teísmo? ¿Cuáles son las consecuencias prácticas de las dos hipótesis?

En primer lugar —y este punto merece mucha atención, pues es característico del Pragmatismo— no resulta ninguna diferencia si consideramos solamente el pasado. Suponiendo que el mundo haya de acabar ahora mismo,

y que el teísta pueda explicar su pasada existencia por la acción de un Dios omnipotente, y el materialista por un choque casual de átomos, las dos hipótesis tienen absolutamente el mismo valor. El Dios que ha hecho el mundo vale lo que vale el mundo, y si las fuerzas materiales han sido capaces de producir el mismo resultado, estas fuerzas tienen también el mismo valor. Las palabras Dios y materia significan entonces exactamente lo mismo, á saber, la fuerza que ha producido un mundo ya completado, y la disputa entre el materialista y el teísta queda reducida á una disputa sobre nombres, y no merece nuestra atención.

Cuando el drama está ya representado, cuando se ha bajado el telón, poco importa que el autor sea un hombre de genio ó un escritor de mala muerte. La pieza es lo que es, y el nombre del autor no es capaz de aumentar ni de disminuir el mérito de la obra.

Si, al contrario, volvemos los ojos hacia el futuro, los resultados que el teísmo y el materialismo nos prometen son ya muy diferentes. Désenos una materia que nos prometa éxito, que esté ordenada, por su naturaleza propia, á llevar al mundo á la perfección y la veneraremos como venera Spencer al "Incognoscible"; le tributaremos el culto que tributamos al mismo Dios. Desgraciadamente, la materia que nos muestra Spencer en el proceso de la evolución del mundo está lejos de poseer tan maravillosas propiedades. Las leyes mecánicas de la evolución, si bien han llevado el mundo á la perfección que ahora tiene, se hallan condenadas, por el mismo principio de la redistribución de la materia y del movimiento, á destruir su obra algún día. Se acerca ya la hora fatal. Decece la energía de nuestro mundo, se enfría el sol. Ya podemos prever el día en que la tierra, inerte y helada, se convertirá en sepulcro de la humanidad. La materia no se conocerá á sí misma. Las obras del arte, las producciones del genio, se hallarán reducidas á una masa informe. Destruída, y para siempre, quedará toda la labor de los pasados siglos. ¡Ni un pensa-

miento, ni un eco de lo que es ahora el mundo, de lo que es tan caro al corazón de los hombres!

Este cataclismo, este naufragio final es la única conclusión que el materialismo científico ha sabido darnos. Es el ave negra de mal agüero que revolotea en nuestros laboratorios durante el día, que roza las cortinas de nuestro lecho durante la noche. La divisamos si nos atrevemos á mirar al sol; nos la muestran nuestros telescopios entre las estrellas que tachonan el cielo.

Pero, si admitimos la existencia de Dios, es muy diferente la perspectiva que se nos ofrece. Un mundo gobernado por la Providencia divina puede perecer sin duda por el hielo ó por el fuego; pero tenemos la certidumbre de que este naufragio no será final, de que Dios tendrá la última palabra. Moriremos, sí; perecerán tal vez las producciones del genio humano, pero saldrá de esta destrucción un mundo mejor, saldrán obras más bellas, se realizarán de un modo más perfecto los ideales que constituyen la nobleza del hombre. Hé aquí, según el Pragmatismo, por qué debemos ser teístas.

El Pragmatismo no está ligado, sin embargo, á ningún sistema metafísico. Lejos de ser incentivo á nuevas disputas, se presenta á los caudillos de las contendientes huestes como un mensajero de paz. Es como un corredor que da acceso á una multitud de cuartos. En uno de ellos, un ateo se esfuerza en demoler toda creencia religiosa; en otro, un creyente está de rodillas agradeciendo á Dios por el dón de la fe; aquí, hallamos á un racionalista labrando un sistema de idealismo absoluto; más allá, un positivista prueba con argumentos metafísicos la imposibilidad de la Metafísica. Pero el corredor es de todos: todos tienen que atravesarlo para llegar á sus cuartos respectivos.

El método pragmático no patrocina, pues, ningún resultado determinado. *Es la actitud que desecha los primeros principios, las categorías, las verdades eternas, y que vuelve su atención hacia los frutos, las consecuencias, los hechos.*

El Pragmatismo es también una teoría de la verdad, y como tal ha sido considerado especialmente por el Sr. Dewey.

Cuando los hombres formularon las primeras leyes de la naturaleza, creyeron haber descifrado una página de la verdad eterna. Por luengos años se glorificaron de haber descubierto las ideas del Dios omnisciente é infinito. Pero llegó la hora del desengaño. Las leyes antiguas fueron abandonadas y reemplazadas por otras más en armonía con las observaciones científicas. Las nuevas leyes no tuvieron mejor suerte y, al fin, los hombres, curados para siempre de la presunción de los pensadores de antaño, llegaron á considerar sus descubrimientos presentes y futuros, no ya como verdades eternas é inmutables, sino como hipótesis, que podían servir por algún tiempo, hasta que nuevos descubrimientos hiciesen necesaria una nueva fórmula. Partiendo de este hecho, rechazan los pragmatistas toda teoría que describe la verdad como inmutable y eterna, y afirman que *las ideas (que no son sino partes de nuestra experiencia) se hacen verdaderas al ayudarnos á entrar en relación satisfactoria con otras partes de nuestra experiencia.* Toda idea en que podemos, por decirlo así, montar á caballo, y que es capaz de llevarnos de un punto de nuestra experiencia á otro punto, es verdadera, y su verdad consiste precisamente en esta función instrumental.

Todo hombre tiene su sistema filosófico propio, que no se armoniza en todo punto con ningún otro sistema. Confuso, tal vez inconsistente en los que no son filósofos de profesión, este modo de concebir el universo es, sin embargo, para cada uno de nosotros, la verdad misma. Nos llamamos á veces idealistas, positivistas, escolásticos, porque simpatizamos más con uno de estos sistemas clásicos que con los demás, pero al fin y al cabo somos nosotros mismos. Ni aceptamos todas las proposiciones de Herber Spencer si somos evolucionistas, ni subscribimos á todos los artículos de la *Summa Theologica* si somos escolásticos. Y si hemos estudiado á los grandes maestros del pensamiento

humano, ¿qué nos representan los nombres de Aristóteles, de Descartes, de Locke, de Kant, de Balmes, sino otros tantos fiascos en la solución del problema filosófico? Algunas veces, sin embargo, se descubren nuevos hechos que no podemos menos de admitir y que parecen pugnar con nuestro sistema del universo. En tales casos, ni abandonamos nuestro sistema antiguo, ni admitimos á bulto el nuevo hecho. Tratamos de estrechar algún tanto el resultado nuevo, de modo que podamos incorporarlo en el sistema primitivo, modificando lo menos posible nuestras antiguas creencias. Puede que algún lector de esta REVISTA se sienta inclinado á los principios del Pragmatismo. Si así sucede, su Pragmatismo no será ni el de Dewey, ni el de James; será el propio del tal lector, reducido á términos definidos por la filosofía que profesa, por la atmósfera intelectual en que vive y se mueve. Los antiguos metafísicos habrían explicado semejante transformación diciendo que no poseíamos la verdad entera, que nuestras opiniones eran en parte verdaderas y en parte falsas, y que las hemos rectificado; pero que esta verdad entera existía independientemente de nuestro conocimiento, y que no la hemos hecho, sino descubierto. Para el Pragmatista, al contrario, no descubrimos la verdad, sino que la hacemos. El verdadero sistema filosófico no existe antes de estar en nuestra mente; nosotros mismos lo edificamos. La verdad se halla en un proceso continuo de formación.

El Pragmatismo, como método en cuanto sujeta los sistemas filosóficos al criterio de los resultados que á la larga producen en el mundo, tiene mucho de verdad. Podemos aún afirmar con James que es un nombre nuevo con que hemos rebautizado una doctrina antigua. Hace más de diez y nueve siglos que Jesucristo Nuestro Señor pronunció estas palabras: "¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un malo darlos buenos."

Pero, cuando los pragmatistas, partiendo de este principio, pretenden nada menos que reedificar la Filosofía sobre un fundamento nuevo, cambiando la definición misma de la verdad, preciso es reflexionar. Será, dirán ellos, una cuestión de temperamento, pero nos parece imposible el resolernos á considerar la verdad como una entidad en proceso continuo de formación y que vamos creando nosotros mismos.

Será bueno, por consiguiente, fijar el estado de la cuestión y determinar en qué puntos los pragmatistas están acordes con los antiguos metafísicos, y en qué puntos se separan de ellos.

En primer lugar, no quieren los pragmatistas que abandonemos la definición tradicional de la verdad. Podremos seguir definiéndola con Santo Tomás: *Conformitatem intellectus et rei*, ó con el Sr. Restrepo en un número de esta REVISTA: *la conformidad entre el conocimiento y la cosa conocida*. Sólo en la cuestión de la naturaleza de esta conformidad se apartan los pragmatistas de las soluciones antiguas.

Los racionalistas, nos dice James—y bajo el nombre de racionalistas incluye á todos los partidarios de la metafísica antigua,—sostienen que nuestras ideas deben copiar la realidad. Un poco de reflexión nos muestra, sin embargo, que, en ciertos casos, el copiar la realidad es del todo imposible. Podemos cerrar los ojos y producir en nuestra mente una copia exacta del reloj que está en nuestra chimenea; pero ¿nos será posible producir una copia de la elasticidad del resorte del mismo? y si no, ¿será verdadera la idea que de ella formaremos?

Y aun las partes que podemos reproducir mentalmente, nos las reproducimos siempre. Hemos comprado este reloj. No hemos averiguado si contiene todas las ruedas que los principios mecánicos le imponen; tal vez no lo hemos abierto siquiera. Mientras tanto, desempeña con la mayor regularidad posible su función de medida del tiempo; nos indica el momento en que debemos ir á dictar nuestra clase

de Filosofía, el momento en que debemos terminarla. Por esto, y nada más que por esto, lo llamamos verdadero; permanecerá verdadero á nuestros ojos mientras siga guiándonos con regularidad, y su verdad consistirá en esta función instrumental.

Haremos observar aquí que el Pragmatismo es á la Ontología lo que el Hedonismo es á la Moral. Todo acto bueno, nos dicen los utilitaristas, ha de producir deleite en el presente momento ó en el porvenir. Toda verdad, dicen los pragmatistas, ha de ser una guía segura en el descubrimiento de nuevos hechos. Hasta cierto punto, ambas escuelas tienen razón. Si el mundo en que vivimos es un sistema racional, todo acto bueno debe redundar en beneficio del sujeto. Tal vez no serán inmediatas las consecuencias, pero un día ú otro se producirán fatalmente. Si no es hoy será mañana. Si no es en este mundo, será en otro mundo mejor. Del mismo modo, las verdades científicas nos llevarán seguramente al descubrimiento de nuevos hechos. Si son verdaderas las leyes de la Cosmología, un Herschel, sentado en su gabinete, podrá convencerse por el cálculo de la existencia de Urano, y su telescopio le mostrará el nuevo planeta.

Pero ¿serán verdaderas las leyes de la naturaleza porque Herschel descubrió á Urano, ó lo habrá descubierto porque lo guiaban en sus cálculos leyes verdaderas? ¿Es la zarza zarza porque no produce higos? ¿ó no produce higos porque es una zarza? Este es el punto que separa los pragmatistas de los tomistas en metafísica, el que separa los utilitaristas de los escolásticos en moral. Tanto los pragmatistas como los utilitaristas confunden los frutos de un acto ó de un sér con la naturaleza del mismo. Llamaremos buena la naranja que afecta agradablemente nuestro paladar; pero su bondad residirá en las células mismas que la componen. Y si la tal naranja se pudre, en estas mismas células se habrá producido el cambio. Será mala aunque no la pruebe nadie.

En materias científicas, afirman Dewey y James, somos casi siempre guiados por hipótesis que nos sirven por el momento, pero que pronto tenemos que abandonar ó que rectificar. El sistema de Tolomeo bastaba á los astrónomos antiguos. Sus cálculos, menos complicados que los nuestros, no requerían un sistema más perfecto. Nos parece absurdo, sin embargo, el afirmar con los pragmatistas que el sistema de Tolomeo, en virtud de su función instrumental, era verdadero en aquel tiempo, y que Copérnico y Galileo han creado más tarde una nueva verdad. A pesar de los argumentos del Sr. James, persistimos en creer que esta verdad existía antes de que la conociesen los hombres, y que Copérnico no la ha creado, sino descubierto. Y si algún día hallamos que ya no puede servirnos de guía el sistema de Copérnico; si tenemos que rectificarlo ó que abandonarlo, será en virtud de alguna falsedad que no hemos observado todavía, que existe en él, sin embargo, ya que nuestras nuevas leyes no cambiarán el curso de los planetas.

La teoría del Sr. James en este particular nos parece no sólo impugnabile sino inconsistente. El Sr. James admite que la realidad existe independientemente de nosotros y que posee un carácter permanente. "Todas nuestras verdades," dice, "son creencias acerca de la realidad; y en cada creencia particular, la realidad obra como algo independiente, como una cosa *hallada*, no fabricada." Pero nos vemos entonces precisados á admitir que el planeta en que vivimos se mueve ó no se mueve, que es el centro del mundo ó que no lo es. Si, como lo creemos ahora, se mueve la tierra, si no es más que uno de los planetas del sistema solar, ¿cómo podremos llamar verdadero el sistema que la creía inmóvil y la consideraba como el centro del mundo? El Sr. James admite que la verdad es la conformidad del conocimiento con la cosa conocida. ¿Dónde está la conformidad en el presente caso?

No podemos menos de alabar el celo con que el Sr. James trata de hallar un término medio entre una filosofía religiosa que no es bastante empírica, y una filosofía empírica que no es bastante religiosa. Le haremos notar, sin embargo, que, para salvar el abismo que nos muestra en el terreno filosófico, el Pragmatismo no es el único puente posible. Existe un sistema de filosofía casi tan viejo como el mundo, y que el Sr. James parece conocer muy poco; un sistema que es al mismo tiempo científico y religioso; que parte de la observación de los hechos concretos y no clasifica á Dios entre los vertebrados gaseiformes; un sistema que ha sido defendido por el más grande naturalista de los tiempos antiguos, por los genios sublimes de la Edad Media, y que ha sido renovado en nuestros días por hombres del más ilustrado entendimiento. He dicho que el Sr. James conoce muy poco el sistema escolástico. Ha dado de él, sin embargo, una definición cuya profundidad no puedo cansarme de admirar. Lo ha llamado *commonsense's college-trained younger sister*, la hermana menor del sentido común educada en un colegio. Sí, el Escolasticismo es ante todo la filosofía del sentido común, y por esto, al fin y al cabo, le quedará la victoria. Tendremos sin duda que modificarlo en muchos puntos secundarios; pero sus principios fundamentales siempre permanecerán en pie. En vano diremos al hombre de la calle que no hay causa y que no hay substancia: no podremos persuadirlo. Cree, y creerá siempre que el agua le quita la sed, que el aguardiente lo vuelve ebrio.

En cuanto á la pretensión del Pragmatismo de poner fin á las disputas filosóficas admitiendo á todos los sistemas en su ámbito, tampoco podemos tomarla en serio. El Sr. James combate el absolutismo, el materialismo, el ateísmo, el determinismo. Cree en Dios, cree en la libertad de la voluntad; proclama la metafísica escolástica insuficiente para nuestro tiempo, falsa por consiguiente. No faltan, pues, los sistemas que el Pragmatismo excluye de su seno.

Llámeselo corredor, si se quiere, pero es un corredor tan angosto que sólo los pragmatistas pueden pasar por él.

Nueva York, Febrero de 1909.

JOSEPH LOUIS PERRIER

## LA ENSEÑANZA MODERNA

### X

#### LA CUNA DE LA REPÚBLICA

En Colombia no hay monopolio de Instrucción Pública en favor del Estado. Cualquier instituto particular y privado puede enseñar lo que á bien tenga siempre que no viole, con su enseñanza, la Constitución y las Leyes; y puede dar diploma por cuenta propia, á quien juzgue merecedor de semejante distinción.

*Oficialmente* no se ofrece hoy enseñanza *profesional* universitaria sino en las Facultades Nacionales. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario dicta los cursos de la Facultad *profesional* de Filosofía y Letras (en ella se confiere el grado de Doctor), y los de Jurisprudencia, que dan derecho al doctorado respectivo.

Unos y otros diplomas son autorizados por el Ministerio de Instrucción Pública: los de Filosofía y Letras, según el Acuerdo celebrado entre el Gobierno y la Consiliatura en Abril de 1893; y los de Jurisprudencia, conforme al Acuerdo de 12 de Julio de 1905, entre el Gobierno de la República de Colombia y la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, firmada por el Sr. General D. Carlos Cuervo Márquez y el Dr. Rafael María Carrasquilla. Dicho convenio fue aprobado por el Excmo. Sr. General Rafael Reyes, como Presidente de la República, y por la Consiliatura en nombre del Colegio.